

<http://digithum.uoc.edu>

Materiales

Sobre una psicología de la vergüenza

Georg Simmel (1858-1918)Filósofo, sociólogo y profesor universitario
Traducción de Andrés Soto**Fecha de recepción:** diciembre 2017**Fecha de aceptación:** diciembre 2017**Fecha de publicación:** enero 2018

CITA RECOMENDADA

SIMMEL, Georg (2018). «Sobre una psicología de la vergüenza» [artículo en línea]. Traducido por Andrés Soto. *Digithum*, n.º 21, págs. 67-74. Universitat Oberta de Catalunya y Universidad de Antioquia. [Fecha de consulta: dd/mm/aa]. <<http://doi.org/10.7238/d.v0i21.3116>>Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. La licencia completa se puede consultar en https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es_ES.

Presentación

Por Andrés Soto (2017)¹

El texto «Zur Psychologie der Scham», que se traduce aquí con el título «Sobre una psicología de la vergüenza», fue escrito por Simmel en 1901 para el periódico *Die Zeit* de Viena. Tiene la peculiaridad de ser un escrito que, a diferencia de algunos ya conocidos en castellano del pensador berlinés, reseña y cuestiona explícitamente el trabajo y las investigaciones de otro autor coetáneo: Havelock Ellis (1859-1939), médico y sexólogo cuyas explicaciones sobre el origen del *sentimiento de vergüenza* o *pudor* suscitaron –en su momento– un debate en torno a dicho tema. Es, a su vez, la respuesta y el aporte de Simmel a tal discusión, quien se basó

para ello en una perspectiva que echa mano tanto de elementos psicológicos como sociológicos. Se trata así de un trabajo no circunscrito únicamente a los límites de una mera reseña crítica, hecho que lo convierte en la *contribución* del mismo Simmel a la temática específica de la vergüenza; contribución, por cierto, estrechamente relacionada con aquella parte de su obra que se ocupa de las emociones, sentimientos y afectos *entre* los seres humanos.

Concretamente, Simmel reseña en su escrito la traducción al alemán de *The Evolution of Modesty, The Phenomena of Sexual Periodicity, Auto-Erotism* («La evolución de la modestia, los fenómenos de la periodicidad sexual y el autoerotismo»), libro publicado en 1900 y vertido a la lengua del sociólogo y filósofo berlinés con el título *Geschlechtstrieb und Schamgefühl*

1. Quisiera agradecer a Olga Sabido por darme a conocer este texto y sugerirme su traducción al castellano, además de las discusiones que tuvimos en torno al mismo; igualmente, a Omar Urán Arenas, por la conversación que tuvimos sobre la importancia de los términos *Modesty*, *Schamgefühl* y *pudor* para la cultura occidental.

<http://digithum.uoc.edu>

Sobre una psicología de la vergüenza

(«Instinto sexual y sentimiento de vergüenza»)². En dicho trabajo, Ellis expone esencialmente tres *estudios* sobre la así llamada por entonces «psicología de los sexos», con el fin de realizar una introducción o un prolegómeno a su ambicioso análisis de los *instintos* sexuales. Así, en el primero de ellos –y en palabras de su propio autor– se bosqueja el «esquema de un estado emocional complejo y de fundamental importancia en la psicología de los sexos»: el «pudor» (*Modesty/Schamgefühl*). En el segundo, por su parte, se presentan los fenómenos de la periodicidad sexual, a partir de «evidencias» recolectadas por Ellis de diferentes regiones del mundo y fuentes documentales. Finalmente, en el tercero se analiza el autoerotismo y «las manifestaciones espontáneas de los impulsos sexuales», temas que Ellis invita a asumir con mayor cautela y filigrana. La reseña crítica de Simmel se fundamenta, en su mayoría, en el primero de los tres estudios.

A partir de su lectura y contextualización, Simmel le cuestiona a Ellis su énfasis desmesurado en lo sexual como uno de los factores preponderantes en la sensación o sentimiento de vergüenza. El concepto provisional de *modesty* planteado por Ellis, quien lo define como «un temor muy instintivo que incita al ocultamiento, generalmente centrado alrededor de los procesos sexuales» y lo determina como algo «común a ambos sexos, aunque más particularmente al femenino», es criticado por Simmel debido a que las consecuencias y afirmaciones derivadas de este son imágenes bastante limitadas para la explicación del origen del sentimiento de vergüenza (*Modesty/Schamgefühl*). Para el sociólogo y filósofo berlinés, el temor que incita al ocultamiento (de las zonas sexuales) no puede considerarse el fundamento formal o la precondition del sentimiento de vergüenza, incluso si se asume válida –como arguye Ellis– la idea de que sea una *manifestación* mucho más particularizada en las mujeres. Puesto que, con ello, se estaría dejando de lado otras expresiones que también conducen o llevan a una sensación de avergonzamiento, tales como las relacionadas con la infracción de un precepto moral. El cuestionamiento de Simmel es, en síntesis, una respuesta psicológica y sociológica a un planteamiento psicobiológico en sus aspectos más fundamentales.³

No obstante, esta respuesta de Simmel parte asimismo de una idea matizada biológicamente que remite a un contenido psicopsicológico, el cual se ve reflejado y ejemplificado en la irrupción e

influencia de la *figura* del otro en las expresiones individuales de vergüenza. Bosquejada en un principio por Darwin en su libro *The Expression of Emotions in Man and Animals* («La expresión de las emociones en el hombre y los animales» [1872]), específicamente en el capítulo trece (dedicado en parte a los «estados mentales» que provocan el rubor: la vergüenza, timidez y modestia), dicha idea consiste en «el hábito de centrar la atención en uno mismo» o «el estar pendiente de uno mismo» por motivos morales, culturales y mentales, los cuales son compartidos y causados por nuestra relación con los otros. La interpretación dada por Simmel a tal imagen darwiniana es que, llevada al ámbito propio de la vergüenza, esta consiste en un intenso énfasis en el sentimiento del yo que está –a su vez– aunado a una reducción de este. El otro que (nos) observa –arguye– es el tercero que, en nuestra diferenciación entre lo interno y externo de cada uno, hace consciente los motivos sociales y psicológicos por los que se puede sentir vergüenza. Simmel termina refiriéndose, con todo ello, al proceso de individualización y la conciencia allí del individuo de su singularidad y de su totalidad, y no tanto a una condición dada instintivamente como motivo del avergonzamiento.

Visto desde otro punto de vista, Simmel analiza el sentimiento de vergüenza a partir de una perspectiva sociológica y, en cierto modo, fenomenológica y psicosocial, con el objeto de comprender cuáles son las condiciones previas para que se produzca en un individuo. Su conclusión o hallazgo es que este se genera por el movimiento formal interno de la conciencia del yo, es decir, por el conocimiento que la misma persona tiene de su subjetividad e interioridad en cuanto sujeto que ha tenido una experiencia del mundo y de los otros. En este sentido, el individuo necesita más de una experiencia sobre sí mismo en las posibilidades de lo social que de una condición dada biológica e instintivamente, para de este modo sentir vergüenza o estar avergonzado ante una situación externa e interna. La perspectiva sociológica y psicológica trazada allí por Simmel –a partir de las lecturas de Ellis y Darwin– es enriquecida en su trasfondo con una postura que, adyacentemente, remite a los desarrollos posteriores del psicoanálisis y la fenomenología en torno al yo; desarrollos en los cuales se habla de un yo que, como la luz en un espacio, disminuye o aumenta, se mueve o condensa, según sean las condiciones empíricas implicadas.

2. En ese orden de ideas, el artículo de Simmel ofrecido aquí es la traducción al castellano de un texto que, escrito en alemán, se estructura sobre la lectura crítica de un libro que es la versión alemana de uno originalmente hecho en lengua inglesa. La principal consecuencia de esta peculiaridad hermenéutica se evidencia en el término *Modesty*, el cual es definido por Ellis sobre una idea de ocultamiento y de reserva. Su traducción como *Schamgefühl* no solo desenfoca el origen y las peculiaridades terminológicas que este tiene en inglés, sino que nos inserta también en los sentidos y diferencias que este tiene en alemán (muy difíciles de matizar en su vertimiento al castellano). Simmel, además de pensar indirectamente en la idea de «modo de actuar y pensar» subyacente en la etimología de *modesty* (modestia, pudor), juega con la composición que tiene la palabra alemana *Schamgefühl* (*Scham*: vergüenza; *Gefühl*: sensación, sentimiento). Es por ello por lo que no se puede perder de vista la diferencia sutil, pero significativa y complementaria, de la vergüenza como un *modo de estar y ser* y un *sentimiento de ser y estar*.
3. Además de recurrir a comparaciones entre diferentes culturas para justificar sus ideas, Ellis buscaba establecer y llegar a una constante y un punto común entre todas ellas. Esto lo lleva a generalizar reacciones como las que se ven reflejadas en la Venus de Medici, pensando para ello en procesos biológicos como el celo en las hembras de diferentes especies mamíferas y los ciclos menstruales de las mujeres. Simmel, refiriéndose al cubrimiento del rostro como una reacción generada por el avergonzamiento, no solo muestra la limitación de esta hipótesis desarrollada por Ellis, sino que muestra otra posibilidad para explicar el origen del sentimiento de vergüenza en los seres humanos.

<http://digithum.uoc.edu>

Sobre una psicología de la vergüenza

Con esto último se puede explicar la estructura y organización dada por el berlinés a su reseña. Hay, consecuentemente, un primer momento en el que Simmel realiza una introducción al tema, alude al trabajo de Darwin y sintetiza lo que a su modo de ver es la propuesta de Ellis (además de elaborar allí mismo su respectiva crítica). En un segundo momento, Simmel profundiza y sofisticada la idea darwiniana de la vergüenza, al llevarla más allá del ámbito del rubor para tratar –de este modo– con mayor nitidez terminológica la idea del énfasis y la disminución del yo (además de apoyarse para ello en varias situaciones y ejemplos). En un tercer momento, cuando alude a la causa accidental de la vergüenza, Simmel expone lo que es su posición sobre el tema, destacando allí su fundamento formal (precondición). En un cuarto momento, el más extenso, Simmel se ocupa de los aspectos sociológicos de la vergüenza, insertando allí nociones como las de distancia, proximidad y formación social (ampliamente usadas en su *Gran Sociología* [1908]). En un último apartado, Simmel concluye con una síntesis que se puede leer en clave del

otro, más específicamente a partir de la relación entre el Tú y Yo; debido a su estructura argumentativa y universo semántico, esta puede considerarse la parte más difícil de entender de toda su reseña.

Referencias bibliográficas

- DARWIN, C. (1987). *The Expression of Emotions in Man and Animals*. Nueva York: D. Appleton and Company.
- ELLIS, H. (1901). *Studies in the Psychology of Sex: The evolution of Modesty, The Phenomena of Sexual Periodicity, Auto-Erotism*. 1ra ed. Philadelphia: The F. A. Davis company.
- SIMMEL, G. (1999). «Zur Psychologie der Scham». En *Das Wesen der Materie nach Kant's Physischer Monadologie, Abhandlungen 1882-1884, Rezensionen 1883-1901*. Edición de Klaus C. Köhnke. 24 vols., 431–42. Georg Simmel Gesamtausgabe 1. Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.

Texto de 1901

Las manifestaciones circunscritas por nuestra manera de hablar en el ámbito del sentimiento de vergüenza son tan diversas y extrañas las unas ante las otras, que solo sería posible buscarles su correspondencia en la igualdad de las designaciones lingüísticas. No obstante, cuando damos el nombre de vergüenza al sentimiento con el que nos invaden tantas divergencias, tales como un leve descuido en el traje y la confesión de una falta moral grave, tales como un aplauso y elogio respecto de nosotros y una indiscreción cometida por un completo extraño, cierto instinto está dando cuenta allí precisamente de que esta diversidad de motivos alcanza un punto común en sus transformaciones psicológicas; punto a partir del cual se extingue, en un sentimiento uniforme, la multiplicidad de los orígenes. Esta unidad central ha de ser evidentemente de una naturaleza lo suficientemente general, una forma lo bastante abarcadora de nuestro comportamiento, para asimilar movimientos psíquicos provenientes de tantísimos lados. Darwin encuentra el origen del sentimiento de vergüenza –aunque solo en la medida que provoca rubor– en la atención sobre uno mismo (*sich selbst*) cuando esta es causada por la atención que

terceras personas ejercen en nuestra manifestación corporal de sujeto. El intento más reciente, al menos de explicar el sentimiento de vergüenza a partir de lo sexual, ha sido realizado por Havelock Ellis. Para él, en la sensación de desagrado (*Ekelempfindung*) está su origen. El temor social de suscitar el rechazo (*Widerwillen zu erregen*) induce al ocultamiento de los órganos y funciones a los que por lo general se asocia el sentimiento de desagrado (*Ekelgefühle*). En consecuencia, la vergüenza sería una conducta práctica del individuo para entrar de la mejor manera posible en contacto con otras personas. El que las mujeres hayan tenido que desarrollar mucho más esta posibilidad descansaba en el hecho de que ellas se consideraban por doquier, así fuera entre determinados límites temporales, como «impuras» –Ellis habla del «destino maravilloso que junta muy estrechamente el foco de atracción física y repulsión psíquica»– y, por ello, todas estaban interesadas en evitar la ocasión de tal rechazo a través del ocultamiento, de lo que ya la vergüenza había sublimado intuitivamente (*gefühlsmäßige*).⁴

La limitación de este planteamiento es bastante evidente. Ellis explica a lo sumo el motivo y matiz particular del sentimiento de vergüenza tan pronto como tiene lugar en las zonas sexuales, por lo que se trata así de un *sentimiento de vergüenza* que se

4. La redacción del *Zeit* me ha solicitado reseñar el cuestionado libro de Ellis *Geschlechtstrieb und Schamgefühl* (traducido por Kötscher, Leipzig, 346 págs.). Mas el contenido de este se sustrae en gran medida de reproducciones en una revista no médica. Soy por lo general desconfiado ante explicaciones psico-sociales de hechos etnológicos particulares cuando, sin un conocimiento preciso de las culturas de sus respectivos pueblos, estos no son seleccionados con la mayor cautela crítica. Pues, ciertos fenómenos –costumbres, objetos de culto, tendencias y antipatías– pueden ser el resultado social y psicológico de condiciones muy diferentes entre sí, hasta el punto de que pueden adquirir significados opuestos o remitir a hechos de ningún modo similares. Las partes restantes del libro, por lo demás, abordan los fenómenos llamados por Ellis como autoeróticos y de periodicidad sexual. Considero que las investigaciones de estos últimos son los aspectos más valiosos del libro, puesto que se abordan en ellas las alusiones, externamente interesantes, sobre los ritmos anuales y lunares a los que está también sujeta la sexualidad de los hombres.

<http://digithum.uoc.edu>

Sobre una psicología de la vergüenza

ha desencadenado de esa manera; el mismo que también nos invade ante una infracción de convenciones externas o en elogios expresados vivazmente, y el cual no es analizado a partir de esta génesis.

Me parece, más bien, que la idea de Darwin remite al núcleo del problema, aunque aún de una manera muy rudimentaria. A las expresiones individuales del sentimiento de vergüenza, por lo que comprendo, les es únicamente común un intenso énfasis en el sentimiento del yo (*Ichgefühl*), el cual va de la mano con una reducción de este. Al avergonzarse, el propio yo se siente acentuado por la atención del otro, al mismo tiempo que esa acentuación se encuentra unida a la trasgresión de una norma cualquiera (objetiva, moral, convencional, personal). La diversidad, de ningún modo unificada por los motivos del avergonzamiento (*Beschämungsgründe*), encuentra así momentáneamente espacio en este esquema en sí bastante vacío, dado que la contradicción sentida por nuestra subjetividad ante una norma se realiza de mil maneras diferentes. Una deuda moral que se nos ha reprochado si bien convierte a semejante divergencia en una muy diferente, no la hace por ello más visible, tal como sucede con un elogio que no creemos merecer o, por lo menos, no completamente. Y si el modesto (*Bescheidene*) se sonroja con el elogio –allí donde incluso cree merecerlo–, es gracias a la naturaleza de la modestia, en cada acentuación del yo experimentada por esta misma, que se da cuenta de la tensión existente por principio entre él y su ideal. En el caso más cercano a la vergüenza, asociado a la desnudez corporal, lo decisivo es la desmesurada atención que se siente dirigida hacia uno mismo (*auf sich*) y el simultáneo envilecimiento allí dado. Cada personalidad se encuentra rodeada por una determinada esfera de reserva y distanciamiento, cuyos límites ciertamente cambian de manera extraordinaria según sean las circunstancias culturales e individuales, en las cuales cada intromisión –independiente de si con ella se haya infringido o no un precepto objetivo– se percibe como una ruptura entre la norma de la personalidad y su condición momentánea. En nuestra cultura, la manifestación corporal de la desnudez pertenece por lo general a esta esfera, que solo bajo circunstancias especiales puede llegar a ser accesible al otro sin separar de algún modo el yo de su totalidad e integralidad. Al parecer se trata, cuando se busca separar en términos abstractos lo particularmente tormentoso del sentimiento de vergüenza, de la intensificación y atenuación que hay entre la exageración del yo –dado que es el centro de atención– y la disminución que este experimenta –en su déficit simultáneo– frente a la idea normativa y plena de sí mismo (*seiner selbst*). Cuando el sentimiento de vergüenza de las mujeres reacciona

intensa e inmediatamente a cada roce de las áreas sexuales ante la presencia de los hombres, se presenta también allí la peculiar coincidencia de énfasis y reducción de la conciencia del yo (*Ichbewusstseins*). La mujer tiene normalmente la sensación de que, si aquella provincia emocional (*Gefühlsprovinz*) es estimulada en el hombre, su atención se centrará en ella de una manera en lo particularmente intensa, aunque en la medida en que ella sea una personalidad más insensible, perspicaz y sofisticada; asimismo, tiene la sensación de que la atención se dirige solo a un significado parcial suyo y de que el todo es aminorado y excluido al darse en esto momentáneo. Lo angustioso de esta situación interna se agrava más aquí por la peculiar implicación de que la mujer siente aquella parte de su ser –sobre la cual quiere evitar la dirección de conciencia (*Bewusstseinsrichtung*)– como algo ya de por sí central y normal, como el contenido fundamental de aquella esfera que es la por así llamarla propiedad privada absoluta, y en cuya mezcla ilegítima ya no puede continuar existiendo el yo en su integralidad. En este caso, por tanto, no solo tiene lugar en cuanto tal un aumento o aminoramiento del yo, sino que se produce además en un área que oscila ya en y para sí entre un énfasis instintivo y una reducción ético-intuitiva (*ethisch-gefühlsmäßiger*) y, de este modo, que parece predestinada al principal lugar psicológico del sentimiento de vergüenza en la mujer.⁵ Por esta razón se explica que la prostituta, una vez se interesa en un hombre, recupera ante él –como se dice– el sentimiento de toda vergüenza. Pues con y en el amor ingresa su yo completo en su relación con el hombre; mientras que, en la realización de su profesión, solo entra en juego una parte unilateral de este, la cual ya no se encuentra por sí misma en relación con el todo. No emerge así en ella –como es habitual– el contraste entre el yo completo y el disminuido, radicalizado en el sentimiento de vergüenza. Es por ello por lo que, en general, vergüenza parece sentirse tan solo si la situación de alguna manera denigrante o embarazosa afecta a la integralidad de la persona y no solo un interés localizado. Un agujero en la manga es ocultado por un muchacho quizá por temor de ser castigado y por el proletario aspirante a un puesto de trabajo por la posibilidad de ser rechazado. En ambos casos el agujero en la manga es muy incómodo debido a las razones ya aludidas, pero ni el muchacho ni el aspirante se encuentran avergonzados por este. En cambio, esta situación hace avergonzar a un hombre caído en desgracia, quien, con ese agujero en la manga, se encuentra a un antiguo conocido. Pues él sentiría desplazada toda su personalidad, con todo el contenido que le ha brindado su pasado, de la cuestión central del encuentro, a la vez que su yo –contenido en esta representación– se vería reducido y disminuido. Por la misma razón

5. No en vano, no se debe desconocer cómo se ha llegado a perjudicar la delicadeza de los sentimientos y el tacto con el hecho de que los conceptos de vergüenza (*Scham*), decencia (*Anstand*) y pudicia (*Keuschheit*) se refieran a la vida sexual, sobre todo en su uso lingüístico. Pues, de esta manera, adquieren aquello impertinente, externo, casi incómodo, que dificulta su empleo en ámbitos internos, más individuales y espirituales. Estos conceptos serían por sí solos idóneos para expresar ciertas sutilezas, reservas y distancias en casi todo el dominio de las relaciones humanas. Pero ello, en la contribución que también ofrecen al desarrollo real de tal valor interno, se ha visto dificultado por su matiz preponderantemente sexual.

<http://digithum.uoc.edu>

Sobre una psicología de la vergüenza

se explica que un defecto corporal congénito sea con frecuencia motivo de vergüenza y no así uno adquirido por accidente. Pues en el primer caso lo experimentamos como algo perteneciente a nuestro yo; en el segundo, por su parte, como un evento aleatorio y, por así decirlo, externo a nuestro mundo. Solo el primero, por tanto, nos permite sentir un yo duplicado: el real, que se manifiesta como incompleto a través del defecto congénito, y el normal, que se encuentra precisamente disminuido por la presencia del incompleto. Al estimular entonces la deformación corporal a la atención de diferentes maneras, se produce aquella intensificación y atenuación entre el énfasis del yo y su disminución frente a su propia idea; yo caracterizado y aclarado por la vergüenza y cuya idea se encuentra acompañada por un sentimiento particular de *inquietud*. La atención ejercida por el otro se percibe por la persona afectada como la realización de una indiscreción; el otro irrumpe con ello en la esfera de su personalidad, en aquello que es solo por esta persona afrontado. Esta atención acentúa el eje en torno al cual se mueve el sentimiento del yo completo, normal, y el del yo mutilado, reducido, ocasionándose así el sentimiento de avergonzamiento (*Beschämteins*).

Para tener una mejor comprensión de esto en su singularidad, ha de representarse por separado y de la manera más clara posible su fundamento formal. La causa accidental a la que vemos aunada la singular intensidad emocional (*Gefühlesintensität*) de la vergüenza, sin que sepamos decir con certeza por qué precisamente esta y no alguna otra, no responde en cuanto tal a cualquier contenido concreto de la vida, sino –como yo creo– a ese movimiento formal interno de la conciencia del yo (*Ichbewusstseins*), el cual puede unirse al contenido variable. El típico sentimiento de avergonzamiento (*Beschämungsgefühl*) que en nuestra cultura ha acompañado la desnudez no es, con respecto al contenido, de ningún modo similar a la conciencia simultánea de hacer o padecer algo inmoral. Pues, por una parte, experimentamos con bastante frecuencia un sufrimiento similar en ciertos ámbitos moralizados, sin que necesariamente se sienta vergüenza; por la otra, esta se asocia casi de la misma manera a acontecimientos de una naturaleza supramoral. Con certeza, la estimulación de centros morales es a menudo el motivo del sentimiento de vergüenza, esto es, únicamente la constelación psicológica de este ha de llegar a ser distinguible sobre aquello de sí mismo (*selbst*), y parece ser solo realmente cuando el proceso moral provoca aquella disminución y amplificación particular de la conciencia del yo. El medio externo de transferencia siempre mantiene la atención de otro que, desde luego, puede ser remplazado por una disociación de nosotros mismos (*unser selbst*)

en un yo parcial (*Theil-Ich*) observador y uno observado. Al tener la capacidad, con nada comparable, de determinar todo su ser, de confrontarse consigo misma (*sich selbst*), de devenir consigo misma (*sich selbst*) en objeto, nuestra alma puede representarse en sí misma (*in sich selbst*) condiciones que existen entre el ser externo a ella misma (*ihr selbst*) como un todo. En un sinnúmero de relaciones aislamos en cierto modo una parte de nosotros que nos protege ante el juicio, el sentimiento y la voluntad del otro. Así como generalmente nos observan y condenan, como el tercero lo hace, así mismo se traslada aquella atención desmesurada del otro con la que, direccionada a nosotros mismos (*uns selbst*), se asocia el sentimiento de vergüenza. Como a través de una representación parlamentaria del grupo social en nosotros mismos (*in uns selbst*), nos sentimos ante nosotros mismos (*uns selbst gegenüber*) tal como nos sentimos desde el principio ante los otros. Por esa razón podemos volver a evocar, de modo meramente inmanente, la posición interna que se concreta en nosotros nada más por la observación del otro y que entonces nos hace tener vergüenza de nosotros mismos (*vor uns selbst*).⁶

A partir de esta precondition emerge entonces las modificaciones propiamente sociológicas del sentimiento de vergüenza. La personalidad predestinada a producir en nosotros esa alteración del sentimiento del yo (*Ichgeföhles*) es aquella que se nos presente ni completamente distante ni completamente cercana. Para la distante tan solo somos un no yo (*kein Ich*) porque, a la falta de un conocimiento personal, ella no sabe diferenciarnos claramente de los otros. Es por ello por lo que el completo extraño llega a originar un énfasis sobre nuestro sentimiento del yo (*Ichgeföhles*) únicamente en los puntos en los que, a partir de intereses muy generales, este es excitable, por tanto, aquellos más amplios e indiferenciados. De ahí la peculiar franqueza con la que compañeros de viaje, quienes se conocen durante su encuentro y ya no vuelven a verse más transcurrido este, se confían cosas generalmente íntimas el uno al otro. En tal situación se es recíprocamente anónimo; el yo en cuanto tal está excluido de la relación y, por ese motivo, puede obtener toda clase de contenidos que ante las personas más cercanas nos serían vergonzosos. Es, en lo fundamental, el mismo instinto por el cual las mujeres orientales se cubren –como se ha reseñado– el rostro ante los demás cuando llegan a verse inmiscuidas en una situación bochornosa. Pues el rostro es la manifestación y expresión de la individualidad; con su ocultamiento desaparece el yo y, con ello, el punto de origen del sentimiento de vergüenza. Con esto último, se logra una explicación mucho más convincente que, por ejemplo, aquella referida a un instinto que conduce al modo de ocultamiento de la antigua Venus.

6. Una manifestación rudimentaria de la vergüenza es la timidez (*Schüchternheit*), que en la reducción de la conciencia del yo (*Ichbewusstsein*) surge mediante un énfasis que no se siente aumentado. No obstante, no se trata aquí de un juicio de valor en torno a la posición ante una norma, como en la vergüenza (*Scham*), sino en torno a una relación puramente dinámica: el alma no puede superar las representaciones impetuosas y sentimientos que, por los atrevimientos y la atención del otro, se avivan en ella, es decir, no organizados bajo la conciencia central del yo; de ahí la confusión que aquí se origina en la carencia de fuerza o capacidad interna de organización. El «avergonzamiento» (*Verschämtheit*) del niño es en efecto nada diferente a tal timidez (*Schüchternheit*), no es vergüenza en cuanto tal.

<http://digithum.uoc.edu>

Sobre una psicología de la vergüenza

El que, por otro lado, con el allegado más cercano se realice o confiese con mayor facilidad y de diferentes maneras lo que ante el más distante generaría la más profunda vergüenza se debe, por una parte, a la solidaridad que se tiene con él: aquel énfasis desmesurado del yo causado por la atención del otro genera una contradicción, porque ya este puede solo ejercer aquel efecto como un estado de excepción, como irrupción abrupta de una indiferencia normativa. Pero allí donde el amor ha eliminado los límites entre los yoes, está ciertamente ausente la distancia entre los seres humanos, con cuya omisión puede acontecer la intrusión –descrita previamente– en la esfera del otro, causando así su respectivo avergonzamiento. Por la otra, y esto es lo más profundo e importante, la atención de quien nos conoce y ama no se encuentra tanto dirigida a un punto en nosotros en cuya suscitación se pudiera asociar ese juego bochornoso entre la exageración y reducción del sentimiento del yo. Es gracias al contacto con seres humanos muy cercanos que este punto nos pone en equilibrio con nosotros mismos, que él no deja entrar el yo disminuido –en cierto modo ya rudimentario– en fricción con la idea del yo normal y normalizado, sino que inicia siempre una reconciliación entre ambos. Si, desde luego, nos sentimos avergonzados tan solo ante las personas más cercanas (*Nächsten*) por ciertas cosas, son precisamente aquellas en las que se ha puesto en cuestionamiento toda o la más indiferenciada consciencia del yo (*Ichbewusstsein*) y la que nos permite asimismo sentir al más íntimo como un no-yo (*Nicht-Ich*).

Esta explicación del sentimiento de vergüenza coincide no menos con el hecho de que se suele negar todo en cuanto la acción (*Handlung*) que lo ha provocado sucede en compañía de muchas otras personas. Hace algunos años, en un contexto psicosocial diferente, escribí en este diario:

Muchas asociaciones y «alianzas» lograban inclinar la balanza a su favor en reclamaciones que, a la hora de exigir las, el individuo llegaba probablemente a ruborizarse. En la gerencia de las ciudades norteamericanas se tiene, para eliminar los abusos administrativos en cada dependencia, en lugar de un único titular, un equipo de trabajo conformado por varios miembros; haciéndose inmediatamente evidente que, *the moment no one in particular was to blame* (Bryce), los abusos se asumen de una manera mucho menos vergonzosa. La historia antigua está incluso llena de ejemplos de muchas corporaciones, ducados y galas oficiales que ofrecían aquello que ninguno de los individuos por sí mismos se hubiera atrevido a ofrecer. Pues el grupo, en el que el individuo ha desaparecido, se caracteriza por la falta de vergüenza.

Esto fue el mero hecho externo, cuyo motivo más profundo se tratará ahora en las constelaciones del alma individual. Si el énfasis del yo es la precondition verdadera previa de todo avergonzamiento (*Beschämtseins*), se necesita entonces con ello

de un ser-para-sí (*Fürsichseins*), una autonomía de este yo. La profunda alternativa que la vida ofrece por doquier –ya se trate de si el individuo hace parte de un todo o si él mismo es un todo– ha de ser determinada antes de llegar al sentimiento de vergüenza. Solo el yo casi autónomo, responsable de sí, establece el marco dentro del cual ya entra recíprocamente el énfasis y la disminución de su sí mismo (*seiner selbst*) en aquel roce así dado. Diciendo esto, sin embargo, se hace incompatible el papel desempeñado por el individuo como miembro de una totalidad. El hecho de que nuestros ideales y normas sean excluidos con bastante frecuencia de las verdaderas relaciones y comportamientos del grupo social suprime muchas veces la contradicción entre nuestro ser y nuestro querer-ser (*Seinsollen*) tan pronto como nos sentimos solidarizados con un grupo. Esto es un acontecimiento tan meramente formal y sociológico que parte únicamente del hecho de una voluntad o esfuerzo grupal que nos encierra, muchas veces con una gran indiferencia si el grupo está ciertamente autorizado a representar nuestros ideales. Así, en una acción grupal, el estar comprometido (*Befasstsein*) niega a ambos lados las precondiciones del sentimiento de vergüenza: tanto la autonomía, la responsabilidad (*das Befasstsein in eigener*) y la esfera delimitadora de lo individual, como la imagen de las representaciones normalizadas. Sin la una no se puede llegar al énfasis del yo; sin la otra a su reducción. Es decir, el individuo actúa para el todo supraindividual, haciéndose mucho menos visible, ejerciendo un papel muy poco significativo. De ahí la típica «desvergüenza» (*Unverschämtheit*) que tiene la servidumbre de una casa rica o noble; hasta el punto de que se llegó a decir en tiempos de Luis XIV: «desvergonzado como un paje». Un hombre joven, quien todavía no tiene un yo decidido y estable, hará y dirá como miembro de una formación social objetiva toda clase de cosas que lo avergonzarían como individuo. Pues toda conciencia de su inconveniencia o deficiencia individual se extingue enseguida por el significado de aquel gran nexo al que él pertenece y con el que se siente solidarizado un tanto ingenuamente, aportándole cuanto menos como individuo a este; pues nuestros límites ante una formación social solemos reconocerlos cuando tenemos que emplear eficazmente nuestra fuerza para ello. La manifestación precisamente contraria se da algunas veces cuando se presentan muy pocos asistentes a una clase, reunión, etcétera, prevista para muchos. Porque allí los pocos asistentes tienden a sentir cierta incomodidad y avergonzamiento ante el expositor, como si *ellos* hubiesen llegado a cometer una ofensa o negligencia por ello. En esta situación, el individuo se siente en cierta medida como el representante de toda la reunión que, por los ausentes, produce un énfasis sobre cada uno de los presentes, de manera que este siente como algo personal la falta de interés o decoro que el expositor experimenta por parte de ese todo idealizado. Aquí se ha dado, por tanto, por la posición sociológica, la constelación del sentimiento de vergüenza. La acentuación del yo y la respectiva reducción de este existen por la distancia entre una realidad imperfecta y una idealizada, una totalidad normalizada.

<http://digithum.uoc.edu>

Sobre una psicología de la vergüenza

Mientras que, en el caso anterior, la formación social ha abogado por el individuo y le había despojado con ello de la intensificación y el dualismo, los elementos de la vergüenza; en este caso, por lo contrario, el individuo ha abogado internamente por el todo, a través del cual se le impone cada elemento y, con ello, de manera precisamente imparcial, un sentimiento de vergüenza bien inapropiado.

En unas pocas explicaciones psicológicas como las anteriores, se visibiliza con mayor claridad el carácter simbólico que ellas necesariamente conllevan. Tenemos que reconocer abiertamente que nos hace quizá falta una imagen diáfana y científicamente fiable de los acontecimientos llamados por nosotros como psíquicos. El desplazamiento del proceso psíquico –en el que, cuanto más alejado él se encuentre de la mera sensación, se confunden con mayor frecuencia contenidos completamente individuales– es dividido por nosotros en «representaciones» individuales de cuyas conexiones y separaciones, elevaciones y disminuciones, pensamos la construcción de la realidad interna: la profunda incommensurabilidad de las formas en las que queremos explicar una echando mano de la otra, de una segunda que ha sido agregada para que tratemos la «representación» –el mero contenido de un proceso del pensamiento– como un ser independiente cuya naturaleza entra en una relación (*Verhältnisse*) activa y pasiva con otra; y esta desviación de aquello que bien sentimos como el comportamiento real, aunque no podamos aprehender, es continuada por nosotros cuando caracterizamos este comportamiento –trasegado, en las series temporales, por el contenido en un desenvolvimiento sucesivo irrestañable (*unstaubaren Nacheinanderabrollen*)– siempre como una acción recíproca (*Wechselwirkung*) entre elementos. Son materias que, pese a encontrarse fuertemente opuestas entre sí, están en una acción

en cuanto tal recíproca (*in eigentlicher Wechselwirkung*); no obstante, aceptar que los elementos del suceso psíquico –donde se niega la forma de coexistencia– hacen justamente lo mismo es tan poco posible como practicado continuamente en la posición actual de nuestras representaciones psicológicas. Al parecer nos encontramos demasiado cerca de nuestra alma, que la distancia que tenemos con todo lo externo nos convirtió en una realidad también tangible, y que el alma del tú nos es o bien un completo misterio o bien solo explicable a partir de una analogía con el propio yo. Allí donde la inmediatez de los fenómenos de conciencia (*Bewusstseinserscheinungen*) ha de ser entendida sobre los procesos más profundos, contruidos únicamente por nosotros, aunque nunca podidos percibir, dependemos de meras imágenes externas que se excluyen al mecanismo externo de la naturaleza con la unidad y la multiplicidad, el aumento y el detrimento, el más y el menos de sus elementos, siempre y cuando sepamos al mismo tiempo que las condiciones (*Verhältnisse*) de este suceso mecánico no se experimentan en un único todo, ni entra en una relación inconstante (*stetigen Verhältnis*) con aquello que entonces él ha de simbolizar. Y, no obstante, si no se logra con ello precisamente la verdad, no se cae pese a todo en un completo error al decirlo. Pues, finalmente, la experiencia psicológica confirma con bastante frecuencia lo que se construye por fuera de un orden no pensado en cuanto tal para ella. Entre nosotros, ya una vez un filósofo, quien unió el genio de Leibnitz con el de Kant, ha dado un concepto completamente nuevo de la naturaleza de lo psíquico; son todas explicaciones psicológicas ordenadas más o menos a partir de la serendipia, sobre las experiencias y los instintos de lo juzgado (*Urteilenden*) que logran la confirmación de aquello que es indemostrable en ambos y de aquello que es siempre su fundamentación.

<http://digithum.uoc.edu>

Sobre una psicología de la vergüenza

DATOS DEL TRADUCTOR

Andrés Mauricio Soto
(saltum4@hotmail.com)

Sociólogo por la Universidad de Antioquia

Universidad de Antioquia
Calle 67 #53 - 108, Medellín, Antioquia
Colombia
www.udea.edu.co



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**